

cesario e impostergable sí, como dije, queríamos tener una patria digna y segura. Está claro, pues, que lo que se hizo por ellos no fué un acto de lujo, ni tampoco una caridad, ni siquiera un obsequio que implicase mayor agradecimiento de parte de ellos, sino cumplir con un deber que era a todas luces conveniente, como lo fué, sin ir muy lejos, la política de Gran Bretaña, cuyas Universidades de Oxford y Cambridge dieron a la India, por medio de Gandhi y de Nebru, los principios culturales sin los cuales ni la India ni esos líderes hubieran sido lo que fueron. También aquí, pues, debemos ser los primeros en celebrar este despertar, porque es mejor tormenta franca que sabotaje inconsciente. De suerte que lejos de haber habido culpabilidad en ello, hubo mérito por un lado y prudencia por el otro.

“Con todo, poco a nada hubiéramos logrado con nuestros únicos esfuerzos a no haber sido por su líder actual, entonces confundidos entre la masa, que al pasar él mismo de la oscuridad a la luz y comprender el poderío que da el conocimiento humano, vino a ser el protector del movimiento de la educación de los suyos, consagrando su vida y sus fuerzas en convencerlos de que debían aprender, hasta organizar entre los más entusiasmados de ellos mismos comités de propaganda para tal objeto, llenándonos a todos de admiración por su coraje. Yo entonces no era más que un estudiante, pero me daba cuenta. Para darle a usted una idea de su entusiasmo, le voy a contar esta anécdota. Quizá usted sepa que entre los católicos, principalmente de los pueblos, es cosa corriente escribirse un número determinado de una especie de cartas anónimas, eslabones de lo que llaman “cadena de la suerte”, cuyo texto no es sino alguna oración o ruego especial a Dios que deberá también rezar el receptor de dicha carta, al que se le pide que a su vez saque otras tantas copias de la misma y las distribuya siempre anónimamente entre sus conocidos o vecinos tal como a él le llegó. En ella se amenaza además con un severo castigo para el que se abstenga de obedecer y rompa la cadena. Pues bien, este indito hacía circular entre los de su clase una cadena semejante, pero cuyos eslabo-

nes o cartas ya no eran simples oraciones, sino preceptos de moral: cada carta llevaba un consejo disciplinario o una recomendación para que atiendan a las enseñanzas de sus maestros, con la promesa de la gloria como premio, en vez de la amenaza de antes; consejos que debían aprenderse de memoria y reproducirlos del mismo modo que la cadena de la suerte. En esta forma se favoreció en mucho la labor educativa, y pronto llegaron todos a ser superiores, pues cada uno se constituía en educador de sus vecinos, siendo a la vez educando de otros.

—¡Admirable! —exclamé sin poderme contener.

—En efecto. Y tanto más admirable cuanto que nada hacía sospechar que en tal individuo hubiese tal mentalidad, a pesar de que entonces, o sea cuando era nada para nosotros, ya sobresalía entre los suyos por ser un Cuch-cajáú, que es el título que se dan cuando saben de astronomía y medicina, y son además sacerdotes y oculistas; es decir, que era ya una máxima autoridad entre ellos, pudiendo agregarse que tal indígena, que se llama Xirúm Ij, descende en línea recta de D. Martín Aháu Quiché, uno de los últimos reyes de su raza, Pero para algunos de sus correligionarios —añadió sonriendo—, este caudillo es encarnación de Kukulcán o Quetzalcoatl, como está escrito en una profecía antigua de ellos.

—Y para los “blancos”, ¿quién es?

—Allí, desde luego, hay mayor disparidad de criterios: para unos cuantos, extranjeros en su mayoría, que viven en el país, él aparece como usando el manto divino de un profeta del Viejo Testamento; para los más, incluyendo los ladinos, ese manto no es sino la piel de oveja que disfraza al lobo. En mi concepto, la verdad yace entre ambos extremos. Util será aclarar, sin embargo, que no fué tanto la pura instrucción lo que les dió conciencia, cuanto la educación filosófica y místicamente orientada que con tesón les dimos en los últimos tiempos con los auxilios de la Organización de las Naciones Unidas para la educación, ciencia y cultura, y de las hermandades u órdenes místicas de este continente, las que nos enviaron un numeroso y competente personal, especialistas en todos los aspectos del cultivo del carácter, que es

el ideal que guía las facultades hacia la formación de la personalidad, y la voluntad que es la que regula a aquél, asociado al cultivo de la mente, balanceando y armonizando sus razonamientos hasta su óptimo desenvolvimiento para engendrar en ellos el deseo siempre creciente de elevarse más y más sobre el plano material; de todo ello al lado de los que cultivaban el alma, o sea los maestros del misticismo, que fueron los que lograron despertales la razón consciente, hasta hacerles sentirse dueños de sí mismos. Fué una labor larga y dispendiosa, como es toda labor encaminada a hacer patria, pero finalmente alcanzamos nuestra meta. Muchos de ellos aún no hablan español, pero en sus bibliotecas encuentran obras científicas y de arte escritas en sus lenguas regionales, pues lo que interesa no es tanto que se expresen como nosotros, cuanto que sientan, piensen y quieran como hombres conscientes, que lo demás habrá de venir por añadidura.

“Y ahora ve usted cómo no debe achacarse a este proceder, que sólo nobleza tiene, la culpa de esa rivalidad que usted mencionó, rivalidad más bien debida al descuido o, mejor, vanidad de los propios ladinos que se negaron a asistir a las escuelas especiales de los otros pretextando que ellos nada tenían que aprender, y en donde ciertamente habrían aprendido no poco, incluso a sentir justo aprecio por los de la clase opuesta, despojándose de aquellos rancios y bastardos sentimientos que han impedido todo ideal de progreso, a fin de constituir, una vez unidos, una sola nacionalidad no restringida al aspecto político (y los asuntos políticos han sido en nuestro ambiente la eterna manzana de la discordia, aunque no la única), sino también espiritualmente, base de la verdadera nacionalidad. Esto faltó. Se cultivó al indígena, sin educar moralmente al ladino, de modo que si pudieron nivelarse los cerebros, quedaron en cambio siempre distanciados los corazones. Debió exigirse al mismo tiempo la culturización del elemento ladino, a la fuerza en último caso, ya que, como dije, ellos se negaron, llegando hasta odiar al que les hablaba de educarlos, para dar así la razón a Don Marquis cuando dijo: “If you make people think, they think they will love you. If you really make them think

they will hate you". Pues de no educarlos también a ellos, era como confiar un niño a institutores o ayos inapropiados, que descompondrían a aquél con sus prácticas innobles o le obligarían a entrar en justa rebelión. Y esto último es lo que ha ocurrido, lo que es completamente distinto a eso de decir que la civilización corrompió al indio, pues la civilización no corrompe sino cuando no es completa o integral, esto es, cuando no va acompañada de proporcional espiritualidad, porque no bastaban las comodidades materiales, la bienandanza económica ni el bienestar científico si falta el factor moral que nos enseñe, si no a amar al prójimo, por lo menos a considerarlo. De otro modo el ingenio sólo serviría para perfeccionar trampas, y el automóvil para escapar más fácilmente de la justicia. Y ante la negativa del ladino por ir él mismo o mandar a sus hijos a ocupar el humilde banco de la escuela de los naturales por creer también que se rebajaban, las autoridades de entonces se cruzaron de brazos. Por mi parte, apenas llegado a este puesto hice todo lo posible por anular aquellas distancias, resistiéndome a aceptar como bueno tal separatismo dentro de la familia guatemalense, sabiendo, además, que todos eran hijos de Dios, si no eran más hijos aquéllos por ser pobres; ¿no dijo Lincoln que "Dios quiere a los pobres porque hay tantos"?... Y, con entusiasmo, a más de ampliar las obras de mejoramiento y protección social y económica, dí a los indígenas importantes empleos públicos y becas en la Universidad y en el Conservatorio, alquilé concertistas entre ellos, favorecí sus rústicas industrias y trate por todos los medios de abaratarles la vida. Pero para ellos no era el trato oficial el que contaba, como el que recibían directamente de la masa ladina con la que estaban en permanente y más íntimo contacto en las calles y en las fincas, en el comercio, en los espectáculos públicos, en las iglesias, en los trenes, etc. Pero —da pena confesarlo—, los ladinos no aceptaron jamás convivir socialmente con ellos que, después de todo, son nuestro linaje. Y, prosiguiendo en su tradicional línea de conducta, acaparaban artículos de consumo diario para revendérselos a los mismos a precio de usura, se negaban a asistir a sus concur-

sos de arte, prohibíanles que entrasen en sus restaurantes, burlándose de sus adelantos universitarios, los trataban con hostilidad, llegando, en fin, hasta ensañarse con aquellas mis disposiciones y esfuerzos que ellos saboteaban en su totalidad, para seguir haciendo de nuestro Estado uno de media esclavitud y media libertad que siempre fué. Resultado: que la nación siguió eternamente dividida en dos fuerzas semejantes, y ahora tal vez intelectualmente iguales, pero siempre antagónicas, y puestas hoy frente a frente, porque la medicina no fué tomada por ambos pacientes.

“Pero el desenlace, por las razones que usted ya conoce, no podrá ser sino en favor nuestro, que aquí la historia la han escrito siempre los ladinos. De donde se desprende que no hay por qué esperar lo peor, que a lo mejor todo pasará como tempestad en un vaso de agua”.

—No sé por qué, pues no estaba del todo convencido, pero la cosa es que le dije:

—Creo que tiene usted razón, excelencia. Y a este propósito —me adelanté a decir antes que me cortara la entrevista, pues noté que miraba por segunda vez la puerta—. A este propósito, ¿no cree usted que pudo haberse encontrado otro camino, otro procedimiento aparte del de la educación, para disolver la amenaza de aquella espada de que hemos hablado? No es que quiera decir —aclaré—, que éste de la educación no haya sido el mejor, sino que pregunto si no habría habido algún otro procedimiento, tal vez de más pobres alcances, pero igualmente aceptable para ambas partes: indios y ladinos.

Se pasó la mano por la mejilla, y contestó:

—Ciertamente, había otra solución para este problema (para muchos ladinos había además una tercera, pero ésta era tan inmoral que es mejor no hablar de ella), y aquélla era la unión centroamericana, porque con ella esta mayoría indígena habría pasado a ser minoría en el Estado Confederal, e ipso facto el problema quedaba resuelto para Guatemala, admitiendo que los otros países istmeños más prosperos que el nuestro hubiesen aceptado unirse a éste en el estado de bancarrota en que se hallaba. Pero esta solución, aun en el caso que fuéramos igual-

mente prósperos, era la más difícil de todas, ya que para ello había que contar con la voluntad ajena a más de la propia. Y. en efecto, esa unión siempre halló oposición de parte ya de una o ya de otra de las naciones "interesadas", oposición que junto con la resistencia de nuestros ladinos a ablandarse, trajo al país a este callejón sin salida.

Su respuesta me ilustró en un sentido muy distinto del que yo esperaba y al cual yo me había referido, pues cuando le hice la anterior pregunta yo no estaba pensando sino en la importación de colonos blancos que había sido tan eficaz en otras partes; y le repetí la pregunta, esta vez concretando.

El negó con un movimiento de cabeza, y después dijo:

—En otras ocasiones se trató de eso, y hasta se hizo venir algunos europeos de aquellos que se llamaban desplazados, pero de esta experiencia nos hemos aprovechado para no haber insistido en ello, pues resultó ser peligroso y contraproducente por varias razones. En primer lugar, era siempre difícil vencer la resistencia natural de la india e entregarse voluntariamente a hombres blancos, a hombres distintos de los suyos, no sólo en el color y las costumbres, sino además por el sentimiento: distintos en el modo de sentir y de querer, en el modo de interpretar, comprender y apreciar las cosas; tan distintos, que para ellas resultaban venidos no de otra parte de la tierra, sino de otro planeta, exceptuando en un aspecto, el cual era: que ellas ya sabían o creían saber cómo es que sienten y cómo es que quieren, porque en su parecer son una misma cosa extranjeros y ladinos, y si conocían a éstos conocían también a aquéllos, al punto de rechazarlos lo mismo. Podía, sin embargo, ser vencida tal resistencia, y lo fué en algunos casos, los que tuvieron en común la propiedad de poner en alarma el cuerpo médico ante la elevada mortalidad entre ellas y sus niños por partos distócicos, pues ya ellas habían llegado a tal grado de raquitismo que la estrechez de sus caderas era propia para sus niños corrientes de cinco libras, y no mayores como lo son los hijos de los blancos. Y esto sin

hablar del aspecto moral, que siempre fué repugnante tratar de mejorar una raza con sistemas dignos de ganadería, por lo menos en mi opinión, amén, de que tales mujeres cayesen luego en la prostitución al verse abandonadas después por el marido blanco que nunca se creyó suficientemente ligado a ella, de suerte que tal procedimiento sólo venía a complicar las cosas. En cambio, el que hemos empleado no sólo fué el más lógico y justo, que también el más honroso.

El Presidente ahora echó una ojeada al reloj. Al punto me levanté y le dije:

—Le agradezco, señor Presidente, sus amables explicaciones, en nombre de la Compañía Williams y en el mío, pudiendo asegurarle que tanto ella como yo hemos quedado plenamente satisfechos.

—Y espero —dijo él, levantándose también—, que su Compañía empezará cuanto antes sus trabajos con toda confianza. El país está y seguirá estando en paz, como usted lo ha visto, y necesitando con urgencia su completa industrialización.

Me despedí diciéndole:

—Por mi parte, señor Presidente, le doy la seguridad de que en la próxima semana serán iniciados esos trabajos. Y, nuevamente, le ruego aceptar mis respetos. Buenas noches...

Hubo un apretón de manos, y salí por puerta distinta de la que había entrado. Entonces miré mi reloj: eran las 19.30. La charla había consumido algo más de dos horas, y ¡yo creía que apenas habían sido 30 minutos!; pero allí estaban las lámparas encendidas ya, para que no me quedara ninguna duda. Y, con todo, el salón de espera seguía tan concurrido como antes, a juzgar por las voces que de él provenían.

Sumergido en hondas reflexiones bajé las escaleras — los ascensores seguían colmados— y crucé la plaza. Pensaba que, lejos de ser verdad eso de haber dado alas al alacrán, como dió a entender la señora Rubio, se trataba de no haberse ablandado el pecho de los ladinos. En esto estaba ella equivocada, si bien despertaba mi admiración haber juzgado bien eso que ella llamó "círculo vicioso",

y que sabiamente delineó. Esto sí me parece exacto. Por lo demás, estoy seguro que no fué ella ninguna excepción entre los ladinos que sabotearon los esfuerzos del presidente al no comprender la razón de estos esfuerzos, obcecados por los prejuicios. Y resulta admirable ver cuánto pueden los prejuicios, o sea eso que la Academia llama juzgar sin cabal conocimiento de causa. Juicio basado en fútiles apreciaciones sentimentales, vale decir en sensiblerías equivocadas, que fueran inocentes si no fuesen capaces a veces de detener y de hacer parar el mundo...

Lo que lamento es el haberme quedado siempre sin descubrir la naturaleza de su arma secreta con la cual están seguros de triunfar; porque eso de contar con los votos de los trabajadores de las fincas es para mí muy poca cosa, si las matemáticas no mienten, o una cosa muy improbable, si la lógica no falla; y esto ellos lo deben saber mejor que yo. En tales condiciones, seguir confiados querría decir que tal confianza la tienen basada en algo muy distinto a un simple acaparamiento de votos. De lo que pueda ser no tengo la menor idea, ni encuentro otro camino que el de resignarme a esta ignorancia. Sólo deseo que se cumplan las predicciones del presidente y demás ladinos en cuanto al feliz resultado de las elecciones, debiendo renunciar a mi antojo de ver un presidente descalzo... Lo más curioso es pensar que todo esto se ha debido al despertar de los indios: mientras fueron ignorantes no había problemas; eran como las aguas tranquilas de un lago. Despiertos ya, vienen a ser el Mar Pacífico, que todo es menos pacífico, haciendo zozobrar la barca. Pero, con paz o sin ella, siempre será un despertar admirable, y admirable logrado no por influencia del conocimiento material de las letras, sino por el del espíritu de ellas, es decir, por las sugerencias filosóficas, que atañen al espíritu y lo levantan como el hidrógeno al globo. No fué el leer y repetir caracteres de imprenta, la razón de aquél, sino el conocimiento de su misión como hombres. El éxito no fué, pues, de los gramáticos, sino de los psicólogos; no de los académicos, sino de los místicos. Interesante tema para un libro, pero para una pluma mejor que la mía; aunque presento que si yo fuera filósofo (y no soy ni gra-



mático) no me maravillaría tal cosa. ¿No dijo Dickens que el pensamiento de los humanos avanza en la órbita de los soles?...

Pero los míos debo bajarlos al planeta, antes que se haga tarde, e ir a hacerle a la señorita Barrios la visita que le ofrecí. ¿Pero, no equivaldrá eso a escalar el cielo?...

Diciembre 13.

Miércoles.

Hora: 9.00

Hace una hora que me desperté. Dormí plácidamente toda la noche como si nadie me hubiese tomado por asesino, o como si en vez de asesino me hubiesen tomado por filántropo o cosa así. No obstante, hoy que me acuerdo, siento que la sangre se me enciende. Y me miro las manos y me pregunto: "¿Serían éstas capaces de matar, siquiera a una mosca?" Y me respondo: "Decididamente, no". Sin embargo, debo irme adaptando a las nuevas circunstancias, que este país es sui géneris: no se parece a ninguno de los otros indoamericanos que conozco. Moraleja: deberé ser previsor y en adelante leer siempre la prensa para enterarme al menos de lo que los demás vayan diciendo...

El hecho fué que justo a las 21.15 llegué a casa de la señorita Barrios, la que por vivir en el barrio elegante que llaman del Hipódromo resulta ser más o menos vecina de la señora intérprete. La suya es una mansión de lujo, rodeada de bien cuidados jardines cuyo frescor y aroma saturan el aire y halagan los sentidos.

Ella misma llegó a abrirme, bella como la juventud, ¡vestida de india! Al preguntarle la causa, me explicó que, siendo 12 de diciembre, era día de la Virgen de Guadalupe, y las ladinas acostumbran vestirse con los huipiles y faldas luminosas de las indias en honor a la Santa Patrona. Entonces vine a comprender la razón de haber ha-

llado en la calle, desde temprano, a tantas indias elegantes y hasta lujosas; si eran indias artificiales, como si dijéramos compradas en los escaparates de la avenida Sexta.

Después, dejando la puerta de calle abierta, me hizo pasar a su espléndida sala de recibo cuyo grueso alfombrado acallaba los pasos, y en donde me presentó a dos amigos o, más bien, pretendientes suyos que allí estaban, y que me miraban con toda curiosidad.

Uno de ellos, al estrecharme la mano, me dijo de modo automático: "Para servir a usted", en forma que no me quedó duda de que ese era un estribillo eternamente repetido, y escupido ya inconscientemente: "Para servir a usted". Por eso no esperó más, sino que al momento volvió la espalda para seguir atendiendo al aparato de televisión, en cuya pantalla gesticulaba un payaso. Este resultó ser un estudiante de humanidades. El otro, futuro doctor en medicina, me estrechó la mano con más calor, y, tratando de monopolizar mi atención, se sentó a mi lado y empezó a hacerme preguntas, mientras sus manos volaban a cada instante a componerse el nudo de la corbata, que ninguna descompostura mostraba, volteando los ojos cada vez y poniéndolos en blanco, haciéndose a veces un espécimen digno de todo estudio.

—Y ¿qué lo trajo a usted a este país? —me preguntó de pronto—: ¿la belleza natural de su suelo o la cultura de sus gentes?

—Ni uno ni otro —le dije suavemente por temor de herir la susceptibilidad de Elena, que nos escuchaba, y que tenía razones para creerla susceptible—. He venido en asuntos profesionales.

—¡Vaya! Pues es el primero que viene por nada a Guatemala. Casi todos (digo casi, porque hacen la excepción los técnicos importados por el gobierno, que no vienen más que por los quetzales o dólares), casi todos los que vienen es para abrir la boca ante la belleza de nuestros panoramas que derraman poesía, menos usted. ¿Será usted un técnico más?

—Ignoro qué es lo que usted quiere decir. Yo dije que he venido en asuntos profesionales.

—¿Sí? ¿Qué profesión es la suya?

Mi primer impulso fué no contestarle, habiéndome ya impacientado; pero el otro estudiante, y también ella, se habían quedado aguardando mi respuesta. Con un esfuerzo contesté:

—Soy ingeniero en física nuclear.

—¡Ah! —exclamó, volviendo sus manos a la corbata como si intentase estrangularse con ella, unas veces poco a poco y otras de golpe, y en este último caso blanqueando además los ojos—. Creí que se trataba de algo más noble y más humano. Y ¿qué nucleos piensa explotar aquí: los del átomo del agua o del aire? Ya ve: yo también he estudiado mucho de eso, mucho de todo, pues como universitario comprendo todas las cosas.

Y aunque ella seguía atenta a mis respuestas, esta vez no contesté en obsequio o consideración de ella misma.

El entonces se volvió hacia ésta:

—Chula, bailemos esta pieza ¿quieres?

El otro se acercó ligero:

—Conmigo, Elena. Yo tengo más derecho.

—Esperen, chulos —les respondió ella—. Muy seguro que el ingeniero quiera bailar...

Y me quedó mirando. Sí que estaba bellísima. Ni que decir que me levanté con ella y nos dimos al baile.

—La pieza era un vals, y, mientras bailábamos, me dijo:

—¿Verdad que Fernando es muy inteligente? —se refería al doctor, inferí—. Es un gran partido para cualquier muchacha, y además es rico —agregó, frunciendo las cejas. Después las enarcó para decir—: El me pretende, pero conmigo pierde su tiempo.

—¿Por qué? ¿No dice usted que es un gran partido?

—Yo he deseado siempre un extranjero. —Y echó la cabeza hacia atrás, entornando los ojos.

—Pero, ¿acaso no son buenos maridos sus paisanos?

—¡Oh!, sí. Dicen las que saben, que son buenos, pero los extranjeros le dan más libertad a sus mujeres.

No contesté, ya no por disgusto, sino por desconcierto: su franqueza me desconcertó. Me hallé, pues, sin palabras que responder ante el hecho de que ella quería casarse para ser libre. Y en tal punto empezó un silencio

embarazoso para mí, que ella al fin interrumpió gritándole al que estaba en el aparato:

—¡Ricardo!: esa música está ruin. Busca algo más alegre.

Aquél movió la cabeza en señal de asentimiento, y del aparato brotó luego una de esas piezas que se bailan entre carreras y brincos estilo canguro, semejante a las antiguas rumbas, pero con mezcla de swing, zamba y boogie-woogie, y buenas sólo como ejercicio antes del baño. Y con gran entusiasmo se prendió de mí con el intento de hacerme correr y saltar como ya ella había empezado.

—Perdone —le dije, conteniéndola, y realmente apenado—. Esta clase de baile no he aprendido. ¿Por qué no continuamos con el vals?

—Esto es mejor; y si no lo sabe yo se lo voy a enseñar —dijo con sobrado encanto—. Fíjese bien: dos pasos a la derecha, uno a la izquierda, y un saltito hacia atrás. ¿Vió que sencillo? Ahora se repite.

Entonces se acercó riendo el doctorcito:

—Bailemos nosotros, chula, y pueda él ver cómo es que se baila.

—Gracias, caballero —le repuse—, pero por mí no necesita molestarse. De vista lo conozco bien, ¡si es lo que está de moda! Pero nunca he sentido deseos de aprenderlo. Usted perdone, señorita —me dirigí a ella—, que la contraríe; pero mi carácter no se presta, es refractario a esta clase de bailes. Usted perdone...

En tal momento hizo su entrada al salón la señora madre de Elena, que me fué presentada en seguida. Con no menos de 50 años y no más de 160 centímetros, era bien parecida, aunque menos que arrogante, esforzándose por parecer más joven, incluso por medio de aquella sonrisa que traía estereotipada en los labios y que era una como de burla o de escarnio. Y al sentarnos, ella se las compuso a modo de quedar entre su hija y yo.

—¡Qué raro, mamá! —hablaba Elena—. Mire que al ingeniero no le gusta bailar la "zarpa". Es el primero que he conocido así.

Su madre me miró, haciéndome creer que su sonrisa burlona era consagrada a mí, y dijo:

—Puede que él tenga razón, Elena. Ese baile es para los jóvenes; sin que por eso quiera llamarle a él grande. Pero no me negará el señor que es un baile más apropiado para los que están en la edad de la locura. ¿Puedes tú creer que yo bailaré tal cosa?

—Porque a mi papá no le gusta, —dijo Elena

La sonrisa de la otra fué suplantada por un fruncimiento de cejas al responderle:

—Ya tú sabes lo ridículo que es tu padre, que hasta me exige estar siempre cerca de ti cuando se presentan nuevos amigos a la casa. Usted perdone —se dirigió a mí, con reaparición de su clásica sonrisa— y no piense mal de nadie, Pero es costumbre en todos los hogares serios de Guatemala cuidar con tal solicitud a nuestras hijas. ¿Verdad, Fernando?

—Sí, señora —contestó el aludido—. Y así debe ser, —remató.

(Yo le busqué los ojos para cerciorarme si había sido sincero, pero él los bajó hasta el nivel de la alfombra donde no pude alcanzarlos, en tanto las manos las subía por turnos hasta la corbata). La sonrisa de la madre se pronunció aún más, y continuó explicándome:

—Es que los hombres de hoy, exceptuando los presentes, son realmente de cuidado: si no deshonran materialmente a la mujer, la deshonran con la boca levantándole falsos, o bien es la gente que mira e interpreta maliciosamente, y, en todo caso, la deshonran.

La hija protestó:

—Pero no diga, mamá, que todos los hombres son así, que yo he andado con gente de Europa y de Norteamérica por todas partes, y nunca se excedieron en nada.

—No, Chiqui. Yo no estoy hablando de los europeos ni de los norteamericanos. Yo estoy hablando de los hombres de “nuestros panoramas que derraman poesía”, como dijo Fernando hace un momento, y que son los que yo conozco.

(Y la señora me hacía saber que cuando no está al lado de su hija en cuerpo y alma, siempre lo está en alma por medio de su fino oído. Y hasta pensé si no tendrá

colocados micrófonos bajo las sillas...) La hija le replicó, mirando de modo especial al llamado Fernando:

—No, mamá. Aquí también hay excepciones...

(Y me pareció que defendía a éste por tenerlo en más estima que a los otros, como quien lo tiene de reserva para el caso de no encontrar al extranjero de sus sueños). Su mamá le repuso:

—Por eso dije: “exceptuando los presentes”; pues ¿a dónde fuéramos si creyéramos que todos son excepciones? Debemos ser prudentes y cuidadosos siempre. “Pien-sa mal, y acertarás”, es el mejor consejo. ¿Verdad, Ricardo?

—Sí, señora —contestó éste—. Así uno está seguro de no equivocarse jamás.

Y me quedó mirando de frente. Y, en la pausa que siguió, me sentí bajo aquella mirada, rebajado de estatura y de todo. Una sensación igual a la que tuve en presencia del Ministro de Obras Públicas. Con gusto les habría dicho que eso iba contra el aforismo universal que considera a toda persona como inocente mientras no se prueba lo contrario. Pero ¿cómo decírselo? Suerte que este mismo Ricardo preguntó de pronto:

—¡Bueno, divirtámonos! ¿Qué música quieren oír? —y se volteó hacia el aparato que últimamente había quedado silencioso, aunque encendido.

La pregunta había sido hecha —¿qué duda cabe?— a la dueña, pero a fin de encubrir mejor mi timidez, que ya temo se me haga crónica, o de sobreponerme a ella, fui yo quien le contesté:

—Alguna canción popular, si le agrada...

El movió la cabeza, complacido, y añadió:

—Estaba temiendo que pidiese música de ópera.

Tal ocurrencia le fué celebrada por todos, en tanto la señora no apartaba sus ojos de mí ni la sonrisa de sus labios, como si adivinase que con ésta ya había empezado a mortificarme. Deseoso de hacerla volverse a otro lado, le pregunté al gracioso por qué pensaba así de la ópera, si es tan bella y educativa. Pero el comodín, es decir, el doctorcito, respondió en su lugar, terciando:

—Ya eso está fuera de moda. Los clasicismos de toda especie son ahora anacrónicos, buenos solamente para los espíritus anquilosados, para aquellos que no tienen más que un modo de mirar y entender las cosas; para los que son como el barro, que no pueden tomar otra forma que la del moide, o como los pobres sectarios, que se contentan con uno solo de los colores del arco iris. Pero no para los universitarios de verdad, que somos los que tenemos el arco iris en la mano, y millares, no uno, millares de modos y medios para conquistar un fin o una meta cualquiera, en cuanto nos proponemos.

Había observado que la frecuencia con que este señor suele llevarse las manos a la corbata está en relación directa con el grado de satisfacción que en un momento dado siente de sí mismo; entre más es ésta, más son los movimientos, como si el lazo entre uno y otro no fuese de corbata, sino de familia. Así, ya no hace falta decir que a consecuencia de aquella inspirada perorata, sus manos subían y bajaban con tal aceleramiento que no se veían pasar, como dejan de verse las hélices del avión puesto en marcha, que en ningún momento podía saberse dónde tenía la derecha y dónde la izquierda; y como también los ojos habían persistido puestos en blanco, casi creía que la defunción por estrangulamiento ya había tenido lugar.

Y por si alguna duda quedaba, no sobre su muerte sino acerca de lo que había dicho, Elena echó todo su peso en el platillo.

—Es cierto —dijo—. Ahora no escuchan óperas ni en París.

La miré sorprendido; y ella, notándolo, agregó con una sonrisa encantadora:

—¿No me cree? Pues le digo que durante mi última estancia en aquella urbe tuvieron que suspender la temporada de la ópera por falta de público: nadie asistía.

—Le pido mil perdones, Elena. Yo no sabía eso. ¿Podría acordarse en cuál temporada ocurrió?

—Déjeme recordar... El año antepasado me quedé en Norteamérica. Pues fué éste que acaba de pasar, ahora recuerdo. Llegué a principios de la temporada. Llegaba de Suiza, y me enteré de esa suspensión.

—Pues yo también lo recuerdo —le dije—. Y la suspensión, que sólo duró una semana, fué debida a que los concertistas se declararon en huelga, con objeto, si mal no recuerdo, de quitarse al nuevo director que les querían imponer en lugar de Shuman.

Ella se puso seria, y tal vez palidecería bajo el rouge.

—Pues no me di cuenta —dijo—. Como lo que me interesaban eran los cabarets...

Tardíamente sentí pena por lo que había hecho, y seguí hablando para hacer olvidar lo pasado, entrando de pasó en el tema que me interesaba:

—¿Está usted, entonces, recién venida al país?

—Más o menos. Tres meses hace que regresé a la patria, después de casi un año de ausencia.

Me incorporé en la silla al preguntarle:

—Y ¿cómo encontró su patria, al volver? Halló cambios en algún sentido?

—No. ¿Por qué? Lo mismo. —Y se encogió de hombros, con deseo de cambiar de asunto, o tal vez de proponer otro baile.

—Le hice entonces la pregunta más en concreto —y ¡cómo me arrepentí después de haberlo hecho!—, pues el vestir ella como aquéllos, me indujo a creer que guardaba alguna simpatía por los mismos. Y le dije:

—Pero a los indios ¿los encontró diferentes? ¿Notó en ellos algún progreso substancial que...?

Me detuve al ver que los tres solteros se miraban con sorpresa unos a otros, y haciendo esfuerzos por no reír. La señora, acentuando su sonrisa, se disculpó y se fué, seguro, que a reír sin ser vista. Pero yo no comprendía la razón de aquello; y a repetir iba la pregunta, creyendo haber sido mal interpretado, cuando, cediendo en sus controles estallaron en una terrible carcajada, a la cual sucedió otra y otra, como en reacción encadenada. Y yo, ¿qué podía hacer sino esperar a que pasara el paroxismo?

Ella fué la primera en reponerse, para decirme:

—Eso nunca me interesó a mí. ¡Pobres lanas, que apenas están para el tigre! —y se rió otra vez.



—Voy a creer —dijo el médico— que usted ha llegado con el fin de redimirlos, como todo un Mesías.

Y lanzó otra estruendosa carcajada. Yo me quedé de una pieza, no por lo de la risa, que al fin y al cabo todo el mundo es dueño de reír cuanto quiera, sino por eso que había dicho de redimir a los indios. ¿Qué pude haber hecho para llevarlo a pensar así de mí? Yo no estaba redimiendo nada, ni puedo creer, hasta este momento, que los indios necesiten de eso; pero suponiendo que estuviese redimiendo a alguien, y que fuese a los indios, ¿por qué iba a ser ello motivo de tanta hilaridad? Podía serlo de cólera, de ira, de rencor, pero de risa, ¡jamás! ¿Es que ya se invirtió el mundo? De ser así, ¿qué aliciente queda ya, para seguir viviendo en él?... Decidí entonces retirarme; pero allí sucedieron dos cosas que contribuyeron a detenerme. Una fué que ella, poniéndose seria, les llamó la atención a sus amigos, haciéndoles ver que yo aún no había tenido tiempo de ponerme al corriente de las costumbres de este país, por lo cual mi error era del todo excusable, a lo que por cierto contestó el de Humanidades que por ser precisamente excusable era que se reía sin enojarse.

En aquel momento —y éste fué el otro suceso que me retuvo, el verdaderamente infausto— apareció en la puerta otro de los cortesanos de Elena, que entró saludándola muy alegre:

—¿Qué tal, chula? Beso tus lindos pies.

—¡Hola, Luis! Te presento a un amigo, el ingeniero Johnson.

—Luis Toledo, abogado, para servirle, caballero... ¿Cómo? ¿Dijo usted: "ingeniero Johnson"?

—A sus órdenes, señor.

—Pero, ¿ha leído usted la prensa de esta tarde? —Y el abogado se había puesto trágico. Yo moví la cabeza, sin poder articular palabra. El tomó un diario que estaba sobre la mesa y que resultó ser el número al que se estaba refiriendo, mientras explicaba que este mismo periódico es el que recibe en su casa por ser el más popular; y alargándomelo me pidió que me enterara de cierta noticia que allí había.

Y nunca he sentido tanta emoción como esta vez al tomar ese diario, emoción con mezcla de curiosidad y miedo, recelo y temor. Me sabía limpio de cualquier cosa, y, sin embargo, lo tomé como quien coge una botella de nitroglicerina. Y en la primera plana (de las 24 que tenía) leí bajo el mote de: MIGUEL XIRUM IJ EN PELIGRO DE MUERTE, la más extraordinaria, atrevida y mortificante historia que he visto nunca, en tanto el abogado no me quitaba sus ojos de encima, y los demás, extrañados, nos miraban ya a mí, ya a él, alternativamente, dentro de un silencio en el cual oía repicar como campana echada al vuelo, mi corazón.

La gacetilla esa rezaba así:

“Nuestro periódico, a la vanguardia siempre en esto de dar noticias exclusivas, informa ahora a sus lectores que uno de nuestros reporteros descubrió a un extranjero desconocido inquiriendo acuciosamente toda esta mañana sobre el paradero del candidato de los indios Miguel Xirúm Ij, con la aviesa intención, sin duda, de atentar contra la vida de éste.

“Fieles a nuestra conducta de condenar toda violencia, enérgicamente nos pronunciamos contra ese vulgar procedimiento de derramar sangre, por más que quisiéramos ganar las elecciones con un mínimo de esfuerzo, y quien quiera que haya sido el contratante de tal puñal, pues éste tiene todos los visos de un crimen político, de aquellos mismos que antes se sucedían con harta frecuencia. ¿Por qué se pretende regresar a tiempos pasados? ¿Seguiremos viviendo sin escarmentar, contratando siempre extranjeros perniciosos para el fácil logro y consecución de desordenadas ambiciones? Pero, ¿habrá alguien tan ciego que niegue la marcha del tiempo y que además dude de nuestro triunfo en los próximos comicios? ¡Ver-güenza debía darnos!

“Pudimos averiguar que dicho desconocido habla con acento americano, responde al nombre de Johnson y dice ser ingeniero. Trasladamos el hecho a las autoridades competentes y evite, si aún es tiempo, este nuevo asesinato que sin necesidad pondría en entredicho la cultura de los guatemalenses”.

Tuve que leerlo dos veces para poder hacerme cargo de la apurada situación en que tan gratuitamente me habían colocado. Me acusaban nada menos que de intentar un asesinato, haciéndome aparecer, para colmo, como un vulgar asalariado. ¿Podía desearse algo más? Pero y el origen de esta historia, ¿cuál era? Recordé que en el estadio, después de haber interrogado a dos indios acerca del Reformador, alguien se me acercó a preguntarme cuál era mi nombre y de dónde era, a qué había venido al país y cosas por el estilo, al cual individuo lo mandé a paseo por caerme mal su morbosa curiosidad, aunque no pude evitar que se me sentara cerca y permaneciera con un ojo puesto en mí y el otro en las cuartillas en que parecía tomar nota de los distintos eventos del juego, como suelen hacer los reporteros deportivos. Seguro estaba ahora que éste debía ser el reportero de marras.

Elena toró el diario de mis manos, y rodeada de sus amigos estudiantes se puso a leerlo.

—¡Es inaudito! —comenté cuando pude hablar, dirigiéndome al abogado que me miraba inquisidoramente—. El crimen realmente lo está cometiendo el periódico. Yo jamás le he tenido a nadie intención semejante.

Con valor todavía para reír, aunque al parecer convencido de mi inocencia, él me contestó:

—No se equivoque, ingeniero. Aquí no hay nada inaudito. Ni sé vaya a preocupar, que aquí pocos creerán esas bolas. Más ganará usted olvidándose de ellas.

Elena, que había terminado su lectura, comentó a su vez:

—Pero, ¿cómo tuvieron valor...?

El abogado se dirigió a ella:

—Tú sabes, chula, como son aquí los periódicos. Publican toda clase de relatos, aun aquellos que en otras partes serían denominados vulgares, irresponsables y dañinos, mientras sus mismos editores confiesan a los cuatro vientos que no se hacen responsables de las noticias o rumores que vierten sus propios reporteros —o los ajenos— en las columnas de su diario. Así, hemos hasta visto que en otras ocasiones han divulgado la defunción de personas vivas todavía; y cuando el muerto es persona conoci-

da se limitan, a lo sumo, a declarar después: "Afortunadamente aún está vivo el señor Z". Y el señor Z. debe darse por feliz con que al menos no lo hayan dejado enterrado. Mi opinión personal, chula, es que el ingeniero se olvide del asunto.

—Cuesta seguir tal receta —le dije—, pues entiendo que este periódico me debe explicaciones, y yo tengo derecho a exigirselas.

—Sin duda, pero es inútil: ellos no saben nunca dar esas cosas.

—¡Pero es monstruoso suponer que no hayan leyes que los obliguen...!

—Eso sí. En Guatemala tenemos una ley para cada necesidad, y hasta para ninguna necesidad, porque pocas son las que se cumplen, en oposición a lo que ocurre cuando tenemos dictaduras, que entonces se cumplen sólo las que no están escritas, o sea la voluntad del dictador. Esta falta o delito que comentamos aquí, que técnicamente es un libelo, sin duda que cae bajo la sanción de la ley de imprenta. Pero para hacer mover tal maquinaria necesita usted presentar un escrito formal ante el juzgado competente, acompañando todas las pruebas y testimonios requeridos (y ¡ay! si se olvida de uno, o si pone uno de más, porque entonces todo se anula), cuyo trámite es siempre largo y enojoso. Y cuando cree usted haber llegado al fin del mismo, es cuando ha recorrido apenas la mitad del camino, pues ahora tendrá que apelar a la Corte respectiva porque el juez rehusó su escrito debido a haber encontrado un pelo o la falta de un pelo en el mismo, que por cierto nunca faltan o sobran. Total, que cuando el periódico que motivó el juicio viene a publicar la rectificación debida —se entiende, si la Corte falló a favor suyo—, ya el público ni siquiera se acordaba de haber leído en su vida la noticia calumniosa que usted está tratando de desmentir. Y como quiera que en este tiempo ya usted habrá ensanchado el círculo de sus amigos, se verá ahora en mayor molestia al tener que estar dando un sinnúmero de explicaciones también en lo privado.

—Pero no puede negarse —dijo Elena— que con él

han hecho una grosería. Alguno que no lo conozca podría decir que...

—Estamos de acuerdo, chula —le interrumpió—. Todo eso es verdad, pero, ¿qué podemos hacer? Ellos están en su casa... Lo que yo creo es que tal vez el reportero del cuento está creyendo posible el triunfo electoral de los indios y quiere así ganarse la voluntad de ellos, por si acaso está en lo justo. Repito al ingeniero que no lo tome a pecho y se olvide del asunto. Cuando conozca a nuestra gente se va a convencer de que éste es el mejor modo de vivir aquí.

—¿Quiere decir, pues, que en este país no hay garantías para las reputaciones? —pregunté todavía indignado.

—Así entendemos nosotros la democracia. A mediados del siglo se dió una ley que obligaba por la fuerza a ser caballeros y honrados a nuestros periodistas, quienes la llamaron, por eso mismo, Ley Mordaza. Pero ésta pasó ya a la historia, y con ella, la honradez y la caballerosidad. Sin embargo, —agregó ofreciéndome un cigarrillo como para endulzar mi amargura, cigarrillo que rehusé por no acostumbrarlo—, con todos sus defectos que pueda tener, no cambio mi Guatemala por ningún país del mundo.

—Eso iba a decir yo —gritó el médico, revoleando sus manos en la corbata—. ¡Viva chapinlandia!

Y todos en coro contestaron: “¡Viva!”

Por mi parte, empezaba a conocer de veras a la gente de acá —gente sorprendente, a fe mía—, comprendiendo por de pronto que el entusiasmo que allí presenciaba no era porque se alegrasen de mi situación, que más bien les daba pena, sino que obedecía a un ciego nacionalismo causado por aquella morbosa hipertrofia del concepto de patria, la que es consecuencia a su vez de un desmedido y exagerado individualismo. Con no menos claridad comprendí también que toda lucha contra la prensa sería estéril. El abogado tenía razón: debía seguir su consejo. Y sonreí al recordar la definición que de la prensa dió la “Prensa” de Buenos Aires: “...tribuna de doctrina sin prejuicios dogmáticos, cátedra de ciencia política, tarima de

conferencias, espejo de los acontecimientos humanos. La prensa enseña y orienta, denuncia el error, condena la injusticia, siembra esperanzas de un mundo mejor; es a la vez crisol y fragua, simiente y matriz..." Pero el de humanidades me dijo riendo:

—Yo le felicito, amigo, por esta popularidad que se ha ganado.

Volvieron todos a celebrarle el chiste, pero a mí me pareció que si a alguien debía de asesinar sería a este mentecato, y sin haber menester salario alguno para ello.

Y lo que debí haber hecho al principio lo hice al fin —más vale tarde que nunca—, despidiéndome de todos. Al hacerlo así ella me pidió que no olvidara el caminito de su casa, porque deseaba además, ensanchar el círculo de intelectuales que la visitan. Le di las gracias, pero me abstuve de decirle que con aquellos que tenía allí era bastante...

Alcancé el hotel ya casi a las 23. En el salón bailaba un grupo de turistas, pero yo seguí sin detenerme hasta mi cuarto. Me sentía contrariado y aburrido, aunque enriquecido con una experiencia más que me servirá para no seguir preguntando ni por indios ni por no indios, y que todos con su pan se lo coman...

Hora: 12.45

Al fin, después de tres horas de continua lectura, terminé el examen de los cinco diarios —uno de ellos oficial— que se editan en esta ciudad, y que en adelante he de leer todos los días con todo y lo engorroso que ello resulta, si quiero saber a tiempo qué otra acusación me he sacado en la lotería. Suerte que son sólo cinco; que si su número correspondiese a la población capitalina, no sé qué sería de mí leyendo diez o más diarios cada día...

Es un periodismo éste que, pude ver, se caracteriza por su pobreza de noticias verídicas, las que son sustituidas por los rumores o "bolas", y su estrechez de miras, siendo, además, un poco atrasado, características éstas

que corresponden al periodismo de áldea. Como éste, se caracteriza igualmente por hacer grandes las cosas más insignificantes, como si tuviese sed eterna de escándalo, y comerciara con ella, incluso en su implacable crítica que hace a todos los actos del gobierno, la que extiende hasta al chofer del ministro o hasta al portero del palacio, y vertida en términos tan duros que lo dejan frío a uno, sin consideración no digo para el pueblo, puesto que esa prensa parece ser el reflejo de ese pueblo, pero siquiera para las colonias extranjeras que aquí son numerosas y cuyos individuos no están habituados a un encarnizamiento tan grande y de tal suerte que no da lugar a la nota humorística sana, al chiste intelectual y honesto, pese a la sección llamada "para niños o de cintas cómicas" que dicha prensa ofrece y que, aquí como en todas partes, no son sino cuentos policíacos o historias de gangsters, por creer que no hacen daño o son inofensivas y sin influencia sobre la mentalidad y educación de los menores, que es igual a negar la influencia del medio ambiente; tanto más que algunos de ellos publican a diario las divagaciones de ciertos libertinos que pasan entonando himnos a la carne, la lujuria y la lascivia, divagaciones que son como urna o sepulcro de la Virtud...

Sin embargo, porque los extremos se tocan, en el fondo esa prensa no deja de divertir si se observa cómo sus páginas, cual fieros campos de batalla, echan hasta humo, el humo del odio, del insulto y la amenaza que unos a otros, periodistas y no periodistas, se endilgan mutuamente y sin reparos, luchando cada uno por sacar adelante la razón que le asiste, o la sin razón, y hacer su propia barra o partido entre los que lean del pueblo; porque estos ataques, en su mayoría tienen por fondo la política, pero una política original: a pesar de que todos los partidos ladinos se han unido para apoyar a un solo candidato, entre sí gruñen y se muerden disputándose previsora-mente el mayor control posible del futuro gobierno, como si estuviesen auspiciando candidatos distintos y rivales. ¿Quién podrá entender todo eso? Me temo que sólo los psiquiatras, a los que iría a buscar con todo gusto si no

me detuviera el temor de que dijese que ando fraguando otro asesinato ..

Debe agregar que al devolverle los periódicos al gerente del hotel, éste me preguntó qué opinaba de la prensa chapina, ahora que había leído tanto; y yo le expresé todo lo que sentía, con toda sinceridad.

Me quedó él mirando, y después dijo:

—Es verdad. Nuestros periódicos así son: verdaderos campos de combate, o mejor, de agresiones, pues que en sus páginas casi nunca hay espacio para las defensas; agresiones en las cuales es lícito usar todas las armas que la inventiva humana pueda crear y la pluma expresar, pues demostrado está que gana la pelea —porque ya nadie vive en paz, salvo los muertos— el que grite más e insulte mejor. Y como todos quieren ganar, pues todos gritan e insultan sin ley ni fuero, poniéndose sólo de acuerdo cuando se trata del gobierno, es decir, de dirigir los fuegos de la diatriba contra todo lo oficial, hasta dar alas a levantamientos armados. Porque bien sabemos que aquí la opinión pública la hacen los periódicos, quiero decir que éstos son la expresión no de la opinión pública, sino de la opinión de sus respectivos directores. Y el pueblo pensará como piensa el periódico, o a nadie le importa si piensa algo.

Y cuando le pregunté:

—¿Pero no se llama eso inmoralidad, intención torcida, mala fe...? —y si él no me ha interrumpido probablemente no habría acabado nunca de ensartar adjetivos, pues sin duda me acordaba todavía de aquel feliz reportero. Pero él me atajó con su palabra:

—No señor. ¿Cómo va a ser? Es negocio, industria, trabajo honrado. ¿No ve que así todos quieren comprar y leer su número. así como usted? Por eso, el diario que más se presta a tales lidias tiene que ser el más popular, y el más rico...

Y me retiré pensando si éste no habría leído también la gacetilla de marras...



Hora: 19.00

Estoy llegando del coso de Sevilla, sito en el barrio mismo de Jocotenango, en donde presencié una brillante corrida de toros que dió principio pasadas las 16, con lleno completo de los tendidos.

Llegué a tiempo de ver salir la cuadrilla al son de una charanga. A la cabeza, los brillantes capotes, y capoteros forrados en seda de ricos colores, seguidos por sus respectivas cuadrillas de banderilleros, con sus dardos calzados en púrpura, y picadores en mansos caballos, portando sus largos rejones o picas. Pero no hay espadas ni mozos encargados del arrastre final de los toros muertos, porque los toros no mueren.

El capotero inició el ejercicio con tandas de verónicas y los pies clavados en la arena, arrimándose como los buenos, esperando a veces de espaldas al toro, mirando por sobre su hombro, y dejándolo pasar a su lado, para rematar después con la clásica rebolera. El público gritaba entusiasmado. Luego, capote al hombre, ejecuta unas impecables gaoneras. Se nota que el toro se ha cansado, y salen a relucir los de a caballo. Uno de ellos, embestido por el toro enfurecido, rueda aparatadamente, cayendo el jinete bajo las patas del cornudo. Y cuando se esperaba lo peor para el desdichado, cuando la gente, ya de pie, contenía la respiración y una que otra mujer daba un grito de espanto, el lidiador cita al toro echándole su capa sobre los ojos, el cual, volviéndose contra éste deja en libertad al picador, que tiene que ser sacado en brazos por los golpes recibidos. Intervienen ahora los de las banderillas que, uno a uno, brindan al público y las clavan con singular maestría en lo alto del morrillo. Suenan palmas y dianas que parecen enloquecer a los banderilleros. Ahora el torero, con sus rodillas en tierra, suelta el trapo con cinco pases: un ayudado, uno de pecho, otro por alto, otro de pecho y un molinete, y se levanta para recibir delirantes ovaciones de un público también enloquecido, y en seguida continúa muleteando ceñido.

A su segundo, negro como diz que es la muerte, que mugía rascando el suelo ávido de embestir, lo recibe con emocionante farol de rodillas, que arrancó humo de las manos que aplaudían. Después que lo adornan con los palos, en el que también hubo sus revolcones y sustos, lo trata con la faena de muletas más sorprendente que he visto (y esto que presencié colosales con Gutiérrez en Cádiz), 39 en total, que salpicaba con pases de todas las marcas. Los pitones empezaron arrancando los adornos de su chaqueta hasta desgarrar la camisa en pleno pecho, mientras el enorme burel le embarraba el traje de sangre cada vez que pasaba, restregándose en su cuerpo como en lucha de gladiadores, dejando a veces su espalda a pocos centímetros del toro que derramaba espuma de rabia incontenida. Demás está decir que el público todo estaba de pie, lanzando a veces gritos de terror, y aplaudiendo enloquecido de continuo, no dejando oír las dianas que se sucedían unas tras otras, al par que a la arena caían flores, sombreros, abrigo y hasta carteras de mujeres; y por último, retirado el toro, es el mismo público que "se tira al ruedo para calmar sus ansias", y pasean al hombre en hombros por largo rato... Es la admiración por la potencia muscular del cornudo fiero y por el estoicismo ante la muerte de ese brillante taurómaco; admiración por el valor ciego saliendo al encuentro de algo peor que la muerte misma...

Media vacía ahora la tribuna, pude distinguir en ella a la señorita Elena con su peinado alto que tan bien le lucía, y la nuca desnuda en la cual clavaban las miradas de hombres sus banderillas. Sólo habría bastado que sus pensamientos fuesen tan altos como ese peinado, siquiera, para declararme admirador suyo. Mientras, me parece suficiente con mirarla a distancia. Asimismo, reparo en una turista danesa que yace desmayada por allí cerca entre gente buena que le abanicen el aire con las manos, y de un comentario del más bueno de todos que exclamó: "¿A qué vendrá a la plaza gente como ésta?"

Al volver todos a sus puestos y restablecerse el orden, se cambia el tercio, y el nuevo adorna limpiamente el morrillo del suyo, unas veces al sesgo, otras de frente, ya a palos cortos, ya al cambio, a la media vuelta, entre

palmas y dianas casi continuas. El del capote estuvo colosal, ligando hasta nueve naturales, mereciendo gran ovación. Volvió a la carga y ligó otros cinco naturales, más brillantes que aquéllos, rematando con el de pecho, mientras el público perdía de nuevo la calma. Y luego, lo insuperable, al desatarse de pronto una fuerte brisa. Con la muleta hecha un taco por el viento, sigue toreando literalmente con el cuerpo, poniéndose a distancia escalofriante, y aguantando como los hombres; y cuando el viento amainaba centraba el toro en la muleta y lo prendía en muletazos suaves, templadísimos, largos, que parecían eternos, hasta volverse un solo cuerpo el gigante del toro y el atlético del torero. Eran faenas largas y estrujantes, lances lentos, templados, de tres tiempos, que se dijeran voluptuosos, y quites variados y soberbios. Una vez cruzó los brazos, y sin mover sus pies, arqueando apenas el cuerpo, hizo pasar al toro de largo. Y ¡era grandioso el aspecto de los tendidos reclamando para el lidiador los máximos trofeos!...

Total: una magnífica corrida con sabor y olor de torero alegre y bravío. Estuvo el lidiador por encima del torero, condición ésta indispensable para emocionar ahora que están prohibidos los pases de muerte y hasta los cortes de rabos u orejas por las leyes protectoras de animales de práctica ya universal, así como están prohibidas las peleas de box, por razones de moral. Por eso, para mantener hoy el interés sumo de la afición en estas corridas "a la provenzal", necesita el torero ser más que eso: necesita ser casi un suicida, que a falta de la muerte del toro bien puede ser la del torero.

Diciembre 14.

Jueves.

Hora: 8.20

Anoche tuve otra sorpresa, pero esta vez de las agradables, y como para que no quedara duda de que el mun-

do sigue encogiéndose. Cuando, después de comer, iba caminando sobre la sexta avenida, se detuvo a mi lado un automóvil y desde su interior una voz alegre me llamó: —¡Jorge!

Al volverme y reconocer al dueño de esa voz, mi gozo no tuvo límites, pues no era otro que mi íntimo amigo Ambrosio de Valois, que había dejado la última vez desempeñando el consulado general de su país, Francia, en la República de Palestina. Ya parece como si todos nos hubiésemos dado cita en Guatemala y acudiésemos fielmente a cumplir. Y ¡qué lejos estaba yo de esperar encontrármelo aquí!... Pero no íbamos a estar todo el tiempo allí parados, y simultáneamente nos invitamos a tomar algo en una cantina vecina.

Fué ya sentados a la mesa que me contó que el Quai d'Orsay lo había trasladado a este país, en donde tenía seis meses de radicar. Y entre jaiboles y música de sonoras marimbas continuamos nuestra charla, haciendo desde luego recuerdos de aquellos días de Jerusalén, de aquellas escapadas a Bagdad, y las cacerías en los bosques de Naplusa, dejando a nuestras esposas —entonces yo tenía la mía— juntas para que se consolasen mutuamente. Quisimos, en fin, vivir otra vez en aquellas tierras el misterio de sus emocionantes aventuras, cada una de las cuales se me antojaba inolvidable y seguramente imposible de volverla a vivir materialmente. Y hasta le dije que ya me parecía ser verdad el dicho de que “todo tiempo pasado fué mejor”. Pero a esto él me contestó, volviéndome a la realidad:

—No, mon chérie. Los tiempos pueden ser siempre cada vez mejores, si así queremos que sea. Sólo para los inditos de aquí —agregó—, cualquier futuro será necesariamente mejor que cualquier pasado, aun suponiendo que ellos no lo quisiesen, porque no podrían estar peor.

—Tienes razón. Sin mucho esfuerzo puede verse que sufren, y no es por cierto la suya una pena natural.

—No, viejo, no es natural, y por eso es todavía más visible, y hasta palpable a distancia. Pero es un tema que debemos dejar para la próxima vez, que aquí no es lugar para él: lo que dijéramos le caería mal a cualquier

ladino que nos oyese. Además, como tú has dicho, es bastante triste tal tema, y ahora debemos estar solamente de plácemes. ¿Estás de acuerdo?

Sí, lo estaba, aunque más hubiera querido me dijese lo que supiera acerca del indio Xirúm, al que parece que nunca llegaré a conocer, y que él en cambio debe conocerlo por su condición de escritor; pero me resigné a esperar mejor día para ello, como él mismo propuso.

El toque de un redoble nos hizo mirar hacia el salón. Una bellísima morena, más cubierto de velillos el rostro que lo demás del cuerpo, en la punta de sus pies descalzos venía bailando no sé que danza, la que tenía reminiscencias extrañas, como las danzas que vi en el Oriente.

—¡Wonderful! —exclamé sin poderme contener—. ¡Es admirable! ¿Quién es ella?

Fué una pregunta que brotó impensadamente, sin figurarme que de Valois tuviese algo que decirme de ella. Sin dejar de mirarla, me contestó:

—Sólo sé que se llama Sunarda, natural de Argelia, y que debutó anoche. Lo demás, o sea que es una morena como no hay dos, es fácil de ver...

La bailarina, en contorsiones caprichosas y palpitantes de arte, describió varios círculos con pausados pasos, de modo que nos tenía el alma en suspenso, moviendo sus brazos con tal maestría que no se reparaba en su nudez por fijarse en éstos, mientras sus piernas de modulante ritmo daban la ilusión de arrojarse con las melancólicas notas de la flauta. Parecía tener una pelota en sus manos, una pelota de fuego que arrojaba a una red imaginaria, devolviéndosela ésta cada vez más ardiente, hasta que sus propias manos eran flamas al viento. Y todo ella era una pira animada, el fuego del cielo que costó su libertad a Prometeo...

Al finalizar la danza dió un salto de centella y se ocultó tras los bastidores, arrancando aplausos a todos, que estaban como derretidos. Y aunque nos quedamos allí hasta muy tarde, el número ese no se repitió más.

Al separarnos me dejó su dirección —un número de la cuarta calle norte de El Tívoli—, ofreciéndole hacer en fecha próxima —y lo más próxima posible— una visita

en su residencia, tanto más cuanto que quería rendirle el tributo de mi respeto a la señora de Valois.

Hora: 14.00

Una parte de esta mañana —una mínima parte por cierto— la pasé en un ambiente de reflexión y meditación: estuve a conocer la moderna Ciudad Universitaria que yace sobre una verde alfombra de grama, ocupando una extensión de 10 hectáreas al sudoeste de la capital. Una amplia carretera conduce a ella, la cual remata en un hermoso puente que marca la entrada a dicho lugar. A distancia da esta Alma Mater un bonito efecto, con sus azoteas blancas asomando aquí y allá cual nubecillas de verano, entre el verdor circundante.

Siete grandes edificios destinados a las siete Facultades se levantan imponentes por encima de las umbrosas alamedas, separados entre ellos por parques que llevan los nombres de nobles profesionales de la historia catedrática nacional, con el mármol de sus estatuas respectivas a la orilla de las fuentes. Y en el centro del polígono que forman estos edificios y estos parques, se yergue la Torre del Reloj, hasta una altura de 30 metros.

Un empleado de la secretaría se ofreció gentilmente a mostrarme lo más digno de verse en tal ciudad; y así conocí varias secciones y dependencias de algunas facultades, secciones provistas de controles automáticos de temperatura y demás adelantos modernos, sólo que ahora vacíos de estudiantes por ser éste el período normal de vacaciones, exceptuando los centros de investigación y práctica, como el hospital, que se halla contiguo a la Facultad de Ciencias Médicas, y las clínicas de profilaxia venérea, que me parecieron perfectamente dotados, pues allí vi tantos aparatos eléctricos y electrónicos que cada día se hacen más indispensables al médico moderno, que ya éste más parece ser doctor en ingeniería que en medicina. Asimismo me pareció completo el departamento de química de la Facultad de Ciencias Naturales, en donde cada alum-

no de enseñanza experimental tiene su mesa personal de trabajo en donde labora un mínimo de seis horas diarias; laboratorio dedicado a la obtención y análisis de productos que han reemplazado a la mayoría de los que antes se importaban: además de medicamentos, perfumes y colorantes.

Nos detuvimos después en el notable Instituto para Investigaciones, el cual es consagrado principalmente al ramo de la botánica, en cuyos gabinetes se sigue hasta el crecimiento de alcaloides y esencias, para lo cual cuenta con extensos y adecuados jardines. En este punto terminó la primera parte de mi recorrido, pues el empleado que me acompañaba fué urgentemente llamado de la oficina, dejándome solo frente a estos jardines.

Mis pensamientos se volvieron entonces hacia esas facultades que ya había visto, las que asombrosamente tenían todas nombres de ciencias; así, la que en otras partes se llama modestamente Facultad de Medicina, aquí lleva el pomposo nombre de Facultad de Ciencias Médicas; la que es llamada Facultad de Derecho, es aquí de Ciencias Jurídicas y Sociales; la que se ha llamado siempre de Farmacia, es aquí de Ciencias Químicas y Farmacéuticas. Me parece que las demás se llamarán de Ciencias Humanísticas, y hasta de Ciencias Ingeniéricas o Ingeniosas... En otras palabras, me hallaba en presencia de las siete maravillas del mundo contemporáneo...

Yo no soy médico ni doctor en Ciencias Médicas, pero creo que llamar así a la medicina no cabe ni en metáfora. Fuera ciencia, a mi juicio, si no hubiera enfermos, sino y solamente enfermedades, o bien cuando ella misma pudiera explicar la naturaleza de éstas, o responder categóricamente a la pregunta: ¿Por qué o con qué objeto se enferma el hombre?, y todas las que de ésta se derivan, o si no hubiera ventaja en preferir, para consultar, a médicos viejos y de experiencia; pero esto que no cura a todos los enfermos, habiendo algunos que se mueren, y otros que curan sólo a medias o quedan impedidos o deformes... Y más aún: con el apodo de ciencias médicas se forja, mantiene y alienta, a mi juicio, el sentimiento de superioridad en los estudiantes y de estúpida arrogancia.

cia en los médicos, ahuyentando todo posible humanismo, que aquí debiera ser lo esencial.

Como el empleado no volviera más, me levanté de la banca en que me había sentado a esperarlo, y comencé solo la segunda parte de mi recorrido, o sea lo que me faltaba de esta vasta Ciudad de Ciencias. Así llegué a la sección residencial en la que, a más de los elegantes pabellones para profesores y alumnos, unidos entre sí por calzadas de cemento sombreadas por arboledas, está el edificio de la Biblioteca, con sus imprentas y salones de conferencias, y un gran museo que apenas pude mirar a través de las cerradas vidrieras. Hay también locales para teatro y cine, salones de baile y restaurante, y de recreo para boliches, billares y otros. En el fondo está el estadio, con sus instalaciones gimnásticas y piscina.

Pero aquí fué el restaurante el que me hizo pensar, preguntándome por qué no lo habrían llamado "Facultad de Ciencias Culinarias", y más aún, "de Ciencias Vitales" o "de la Ciencia de la Vida", pues ¿qué más científico que adobar buenas viandas y más vital que un asado con papas fritas, cebollas y perejil? Es verdad que aquí no se enseña a cocinar, pero ¿qué más da? Y ya tendríamos una facultad más, y 8 maravillas del mundo...

Y rumiando este pensamiento, ya que no el asado, me senté en una banqueta frente a esta "Facultad", en la misma banqueta en donde los estudiantes se quedarían dormitando después de haber comido, y ahora en medio de un profundo silencio, de un silencio de templo adonde no llegan los ruidos del mundo; en aquella calma que lasavecillas canoras, con su trinar en los árboles, lejos de interrumpir parecía hacerla más profunda. Y yo también me quedé dormitando, harto de tantas ciencias, dormitando, dor... Pero unos pasos apagados, de caminar inquieto, que se acercaban poco a poco, me despabilaron, a tiempo de ver pararse frente a mí a un señor de edad madura que me preguntó un poco amable:

—Caballero, ¿qué hace aquí? ¿Es usted estudiante de esta Universidad?

No había duda que la suya era una visita inoportuna; y esperando verlo irse pronto, le contesté:



—No, señor. Vine solo, a recogerme en mis propios pensamientos.

—Buen lugar escogió para ello, a fe mía (continuó él, dispuesto a quedarse). Yo acostumbro igualmente venirme a pasear en esta soledad, ahora que estamos en vacaciones —porque debe saber que soy catedrático de la Facultad de Humanidades— cuando amenaza adueñarse de mí ese mal tan corriente en nuestros días de civilización, o sea de los nervios. Y es precisamente en algunos de estos bancos donde yo acostumbro descansar.

Me di cuenta que estaba ante un enfermo, ante uno de esos —y ¡tantos que hay!— que se empecinan en ver las cosas sólo por un lado, y por el lado que menos les conviene, hasta que se enferman, se agravan y se acaban como hombres. Y olvidando mi contrariedad inicial, me dispuse a serle útil en lo que pudiese.

—De veras que es un mal común entre nuestra gente —le confirmé, preguntándole a continuación—: Y estos momentáneos aislamientos, ¿suelen darle a usted algún resultado?

—Cuando vengo a menudo, sí me dan buen resultado. Es cuando logro dormir por las noches.

—¿Padece también de insomnios?

—Sí no fuera así, no me quejara, porque todo se soporta mientras puede uno dormir. Pero últimamente, ya no cierro los ojos por estar pensando y pensando, sin poder dejar de pensar. (Se sentó en la misma banqueta en que yo estaba, y prosiguió): Pensaba, y todavía pienso, en la unión o federación de las Universidades latinoamericanas. Yo no podía concebir razones que excusaran la separación en que las veía, divorciadas unas de otras, aisladas entre sí en sendas individuales y casi siempre divergentes, siendo que ellas son las que forjan al ciudadano, al hombre y al pueblo de esta América que desde Río Grande hasta la Patagonia es un solo y mismo pueblo con un solo y mismo destino. Eso, al menos, creía entonces, cuando esperaba que tal federación se realizaría pronto y sin dificultad dado que todos los universitarios de América se habían pronunciado en favor de ella, y, aparentemente, de modo espontáneo... Al desengañarme fué cuando empe-

cé a sentir estas molestias y a sufrir por primera vez estos insomnios que ahora me afligen.

—Bien lamentable fué —comenté— que ese proyecto se haya hecho agua de borrajas.

—¿Cómo no va a ser de lamentar, si yo fuí uno de sus más devotos defensores? Pero no fué posible el buen éxito porque nadie, con excepción de unos cuantos quijotes, la querían sinceramente, pues sólo cuando hay voluntad firme y franca decisión es que se alcanza lo que se quiere.

—Y lo cual es tanto más extraño —le dije—, cuanto que aún me acuerdo de aquellos brillantes congresos que se llevaron a cabo en algunos países...

—Aquí, en Guatemala (me interrumpió, hinchándose de orgullo). Aquí, en Guatemala, tuvimos el primero de esos congresos. ¡Cuánto trabajo hubo, y cuánta resonancia tuvo o le dimos! (Alzó las manos más arriba de su cabeza, y continuó): ¡Qué de excelentes sugerencias, de elocuentes ponencias, de hermosas resoluciones! Tanto, en fin, que todo hacía creer que la federación anhelada era inevitable y que ya iba a empezar. Harto mejor me fuera de no haber sucedido aquí nada, no haber hecho yo nada, ni haberme confiado en aquellas apariencias que me quitaron el sueño. Al cabo de tantos años, pregunto: ¿Qué se hicieron aquellos santos propósitos? Nuestros ideales federalistas, ¿a dónde fueron? Palabras, palabras, palabras... Aún guardamos en discos el registro de tantos discursos, proposiciones, debates y votaciones que significó la labor de muchos meses de trabajo. Allí están, archivados bajo llave de oro, esos carísimos recuerdos de nuestros pasados desvelos, incluso la Carta de Guatemala, o sea la Carta de las Universidades latinoamericanas que nosotros también redactamos, que constituye el mejor legado que esta generación puede transmitir a la posteridad. Es todo lo que me queda y sirve de consuelo, quiero decir que me quedaba y me servía antes de pensar que no sólo nuestra Universidad, sino también todas las que estuvieron representadas en este congreso, tendrán igual cosa que dar en herencia, e igual motivo para enorgullecerse que nosotros, incluyendo —¡ay dolor!— las que no vinie-

ron sinceramente. (Se ladeó para mirarme y decirme): ¿Se da usted cuenta exacta del conflicto? ¿Observa usted que así no hay diferencia entre nosotros, que fuimos sinceros, de bona fide— hasta haber sido escogida nuestra capital para tal congreso— y éstos? ¿A quién le podrá constar mañana nuestra sinceridad de ayer? Quiero decir la sinceridad mía, ¿comprende? ¿Qué mérito hubo entonces en haber sido yo el más sincero de tal congreso, si he de quedar confundido entre la hipócrita y saboteadora mayoría?... Y en el punto y hora en que pensé todo esto, me enfermé.

—No es que quiera contrariarle —le dije—, pero yo no podría estar de acuerdo en prejuizar así a alguien suponiéndolo insincero

—¿Prejuizar? No, señor, si han pasado ya muchos años para que mis juicios sean a posteriori.

—Es que la no materialización de ese ideal de unión, señor catedrático, no significa necesariamente, ni probablemente, falta de voluntad o de sinceridad en algún delegado universitario; en cambio sí demuestra que el procedimiento seguido en tal ocasión no era el verdadero para...

—¿Qué? ¿Qué no era el verdadero? Al fin me va a convencer usted que los nervios suyos están peores que los míos.

Y el profesor tenía una cara tan llena de sorpresa y de enojo que, sabiendo que la neurosis era del todo suya, me dió miedo. Pero estando resuelto a decirle todo lo que yo sentía, le repuse, después de haberme cerciorado precaciosamente que la calzada seguía expedita:

—Perdone, señor. Yo no niego que el ... que el enfermo sea yo. Pero le decía que aquel procedimiento no era el verdadero, porque, así como los pueblos no se unen a base de pactos firmados por sus gobernantes, así las Universidades, que son constituidas por alumnos y profesores, no se unen por el hecho de que sus rectores acuerden entre sí firmar actas o tratados especiales, máxime si siempre quedaban subsistiendo las demás fronteras entre unos países y otros. y se hacían discriminaciones.

—Bueno, pero por alguna parte había que empezar.

—Ese fué el error, profesor: haber creído que era indiferente empezar por una punta o por la otra. El principio lógico debió ser la abolición de las barreras aduaneras, pasaportes y demás cortapisas que las mismas Universidades habrían procurado en sus respectivos países. Es decir, haber empezado por el acercamiento económico y social, y hasta después pensar en el cultural, con lo que se habría facilitado hasta el delicado aspecto de la clasificación de las Universidades.

—Pero entonces, jamás se haría esa federación.

—Eso es lo que pasó, profesor; que por la falta previa de aquellas uniones no pudo darse ésta ni ninguna otra.

Sus ojos, que no me los quitaba de encima, se le fueron iluminando hasta decirme:

—Usted tiene razón. Ya lo creo que usted tiene razón. El fracaso fué del todo natural en aquellas condiciones. No podía lógicamente ser de otro modo. Y lo mejor de todo es que eso que usted me ha dicho ha sido para mí la mejor medicina. Ya no volveré a pensar más en el asunto, ni a sufrir insomnios ni nada, y perdone el exabrupto que tuve. Es que estos mis nervios... Pero usted me ha tranquilizado mejor que ninguna droga. Dígame:

¿usted es médico, humanista o algo así?

—No, profesor. Sólo soy ingeniero.

Fué una respuesta inocente, pero creo que si le hubiese mentado a su corpus Mater no se hubiera enojado menos, pues puso otra vez la cara del "exabrupto", si no otra peor, ya que ahora sus ojos echaban rayos; y, levantándose, como si la banca de pronto se le hubiese recalentado, me dijo:

—¿Ingeniero? Entonces, ¿por qué diablos se mete en cosas que no entiende?

Y con mortificante arrogancia se marchó inmediatamente.

Cuando salí de mi sorpresa, salí también de allí, no fuese algún otro a hacerme otra visita...

Hora: 22.00

Temprano de esta tarde fuí sin querer testigo de una escena aquí, y de otras dos en la calle, que, si hubieran sido materialmente de sangre, no me habrían conmovido tanto. La primera sucedió en el hotel mismo. Yo no tenía pensado salir antes de las 18, y para pasar el rato subí a la azotea en mangas de camisa. Era la primera vez que subía hasta acá, pues es un lugar muy poco visitado, por lo cual, antes de mirar los alrededores, puse mi atención en los detalles y demás accidentes de dicha azotea. Esta comprende dos alas exactamente iguales, de unas 20 varas en cuadro cada una; y al azar tomé la del lado izquierdo, que es la que, según supe después, se prolonga hasta el patio del gallinero, y en la cual empecé a pasearme aspirando a pulmones llenos estos aires eternamente azules, bajo un cielo límpido y sereno.

En una de tantas idas y venidas, llegué hasta el tope, o sea hasta el extremo poniente de dicha ala, y, arriándome a la balaustrada, miré hacia abajo, de lo cual me arrepentí después, porque lo que vi en el fondo, en el que debía ser el traspatio del hotel, fué a dos hombres que, a juzgar por sus gestos (la altura en que me hallaba no me dejaba percibir claro sus voces), comprendí que disputaban entre sí, de lo cual no me quedó duda al ver que, momentos después, uno de ellos —el más robusto de los dos— cogió un látigo y con él le midió una y otra vez las espaldas al otro, el que aguantaba sin tratar de defenderse o de hacer oposición, como si aquello fuese, por su parte, un acto de yoguismo, en tanto las gallinas y pavos revoloteaban asustados levantando nubes de polvo.

Sabiéndose en América y no en la India, me preparé a gritar para interrumpir aquel rasgo de salvajismo, a pesar de que hasta ahí no sabía que ese patio era parte del hotel. Pero al tiempo de lanzar el grito reconocí, conteniéndome, al gerente de éste en la persona que flagelaba, y en el flagelado al camarero de mi cuarto, que estaba entonces sin la gorra ni la camisa de su uniforme. Doblado

sobre el barandal me quedé mirando sin poder comprender qué podía ser eso. ¿Habría sido ese sirviente cogido en falta? Pero de ser así pudo haberlo denunciado a la policía. ¿O es que es lícito en este país hacerse la justicia uno mismo y por su propia mano? Me inclinaba más a creer que tal castigo se consumaba a espaldas de la ley. Y si el camarero sentía los flagelazos en la carne, yo los sentía en el alma, como duelen en el alma todas las cosas infamantes, tanto más que el encargado de esa obra era el mismo señor gerente que lo veía conducirse tan amable, tan caballero, cuando no hablaba de política...

Con repugnancia me quité del mirador y bajé a mi cuarto, lamentando no haber podido descubrir "los motivos del lobo"; pero en el pasillo encontré a otro sirviente que, al pedírselo, gustoso me explicó el misterio.

—Es que ese sirviente —dijo con toda tranquilidad— perdió el vuelto de un mandado que fué a hacer.

—¿Y por eso le da de palos?

—Sí, pues.

—Y ¿cómo es que ustedes se dejan castigar así?

—¡Yo no, usted! —e irguió la cabeza—. Ese porque es indio.

—¡Ah!, se deja porque es indio... Y ¿cuánto sería la suma que se cogió?

—Creo que cincuenta centavos.

Y notando mi expresión de desprecio, añadió:

—Pero ya van dos veces que lo hace...

Se oyeron pasos que se aproximaban, y mi informador se retiró temiendo sin duda que fuese el gerente el que venía. Yo tampoco quise quedarme a verle la cara, si bien por otras razones, y me entré en mi cuarto antes que el supuesto gerente se apareciese. Con ánimo de olvidar, me puse a hojear un libro, pero no lo lograba. No podía quitarme de los ojos aquella repugnante escena. Me decía que esto no debía de importarme, que es asunto de ellos mismos; pero entre más me lo decía más pensaba en ello. Y no hay cosa más terrible que luchar contra un mal recuerdo, porque éste se vuelve obsesión; por lo que decidí al instante irme a la calle, pero a una calle donde hasta ahora no hubiese ido, a fin de que su novedad lo-

grara impresionarme, y la nueva impresión expulsara a la otra. Jamás me imaginé que el remedio iba a ser peor que el mal. Esto lo vi hasta después, cuando ya era demasiado tarde, pues fué entonces cuando me encontré con las otras dos escenas igualmente asquerosas.

Había tomado dirección hacia el poniente, y pronto me di cuenta que iba tropezando con tantas cantinas y tabernas —no menos de una en cada cuadra, vale decir: un vómito en cada esquina— que era una maravilla. Ya las casas de los particulares —bajas y chatas y viejas pero limpias— parecían llorar su perdida gloria aferrándose no ya al lugar, ni al tiempo, sino a la respetabilidad frente a la invasión de esas tabernas en cuyas puertas blasonaba la desconfianza: a la clientela en un buen letrado, bueno por el tamaño, que advertía: NO SE FIA NI A MI PADRE. Y no obstante haber pasado en horas de trabajo —eran apenas dadas las 16—, en todas ellas había parroquianos, ora sentados en redor de las mesas o arriados a los mostradores, bebiendo. Algunas ofrecían música de rocolas que sonaban a todo volumen para atraer clientes y sus derivados, y otras exclusivamente la vocearía y palabras obscenas de los bolos que nunca acababan de entenderse, en medio de las meseras habituadas a todo.

De una de éstas salió un indito que apenas si podía caminar por su embriaguez. Los pantalones, originalmente rayados en blanco y rojo, eran hoy de un solo color pardo, y en pedazos la camisa oscura. En plena acera se puso de rodillas y comenzó una larga perorata que tenía tanto de preces como de lamentaciones, la cual con frecuencia interrumpía al llevarse a la boca y besar las cruces que formaba con sus dedos de ambas manos, para empezar otra vez, de suerte que lo suyo era como un rosario o letanía de ruegos y de quejas que se repetía eternamente, a manera del llanto de los sauces. Hablaba con lengua estropajosa y la voz recia, como para ser escuchado hasta en el mismo cielo adonde él se dirigía, en palabras que a veces no lograba entender, y dichas siempre con cierto dejo que parecía imitar el ritmo de las campanas en el toque de difuntos. Decía:

“Muchas gracia, Señor Yesucristo, muchas gracia. Yo trabajo y trabajo y no me dan nada, y hasta me quieren comer, ¡ay mi Dios!... El palabra es palabra. Yo cumplo, ellos no, ¡ay mi Dios!... Dame un socorro conmigo, que yo trabajo y no me dan nada... Tá bueno, hermano. ¡Tá bueno, mi Dios Yesucristo!...”

Y seguía besándose las cruces, y besando al fin hasta el mismo suelo varias veces. Yo no podía alcanzar el total significado de aquello, pero creía adivinar un duelo, o quizá una tragedia debajo de esos harapos, mas no debida precisamente al licor. Y aquello quién sabe cuánto hubiera durado de no haberse presentado, atraído por esas voces, un agente de policía o guardia civil, como se llaman aquí, el cual se lo llevó del brazo a la prisión acusado de estar escandalizando, al pobre indito que era menos culpable que el cantinero, y menos aún que esa ley que autoriza tales expendios. Pero, como aún le quedaba la boca libre para seguir hablando, iba repitiendo por el camino:

“...Tá bueno, mi Dios Yesucristo... Y perdoná al que es la causa de estos males y al que no lo remedia pu'iendo, ¡ay mi Dios!...”

Cambié de calle torciendo hacia el sur, y seguí mi camino aferrándome a mi deseo de encontrar la fuente del olvido, alguna onza de agua del Leteo. Aún alentaba la esperanza de que caminando más encontraría al fin el remedio que buscaba.

A través de la calle 18 alcancé la avenida sexta, y sobre ella me vine de vuelta hacia el norte; pero al llegar al parque Gómez Carrillo —un parqucito muy bien dispuesto y grato a los sentidos— ocurrió que la tercera escena que, entre paréntesis, hacía un poco de luz en el misterio de las ya referidas.

Sentada en las gradas del parque estaba una indita flaca y macilenta, un espectro de india, tratando de vender las naranjas que exhibía en un canasto puesto a su lado, y guardando además un niño en sus faldas que eran, aparte las naranjas, la sola parte donde llevaba color. Pero no es mi intento, por carecer de medios apropiados para ello, describir o tratar de describir a esa pareja: ma-



dre e hijo o hija —que ignoro qué sexo tenía el fruto—, pero cuya fertilidad de la madre me sorprendía tanto como si estuviese viendo brotar yemas de un leño seco, y lo cual no por verse a cada paso era menos admirable; sino escribir solamente el crimen que vi consumarse en ella, y que vieron también todos los que estaban en el parque. Conste que no me detuve en esa esquina por voluntad mía, sino obligado por el tráfico que se había acumulado en ese momento. Y cuando al fin se descongestionó la calle, seguí, sin embargo, esperando porque un lujoso automóvil se detuvo, ahora de intento, al lado de la vendedora de naranjas, viendo en él una elegante dama que, si venía ya sería desde antes (creo haber dicho que aquí nadie sonríe, ni los ricos, como si en efecto el dinero no diera la felicidad), al detenerse al lado de aquélla se puso aún más seria. Se dijera que compuso en su rostro aquella expresión severa que solía verse en el amo al dirigirse a su esclavo.

Hablándole desde el interior del carro, o mejor desde el interior de sus pieles que la cubrían toda, le preguntó por el precio de sus naranjas.

—A centavo. ¿Va a querer? —contestó la humilde vendedora.

—¿Cuántas tienes allí?

—Veinticinco —dijo después de contarlas rápidamente.

—Pues te doy 15 centavos por todas.

—No. Veinticinco.

—Veinte, pues, te doy.

—No, no puedo,

—¡Dámelas por veinte!

La india movió la cabeza.

—India bruta. ¡Vámonos! —se dirigió a su chofer. ....

Al ver la otra que dejaba de venderlas, lo que significaba permanecer más tiempo allí en espera de otro cliente, con la pena de la noche que se venía encima y la otra de aguantar hambre ella y los suyos, porque visible era que no había comido sabe Dios desde cuando, dijo, a tiempo que el carro empezaba a caminar:

—Vaya, pues.

La dama le abrió la portezuela y le mandó:

—Tráelas y déjamelas aquí.

La india puso el niño en el suelo, alzó la canasta y la vació dentro del carro. La dama las contó entonces, e irguiendo la cabeza le reclamó:

—Aquí sólo hay veinticuatro. Te daré diez y nueve centavos.

Yo, que no apartaba mi atención de la dama, la observé ahora más profundamente por ver si llevaba algún espectro en su conciencia...

La india agachó la cabeza, recibió las moneditas y se apartó ligera porque el auto echó a caminar con igual arrogancia. Y después que contó tales monedas, recogió a su tierno niño que se había quedado mirando al automóvil, como si hubiese comprendido, y amarrándosele a la espalda a su manera típica, se largó, con la canasta ahora vacía y los ojos bajos.

Agachada la cabeza, seguí yo también caminando, ahora rumbo al hotel, resignándome a pasar sin el remedio que en vano había buscado.

Llegada la hora de la cena, bajé a cenar, pero con mucho desgano. Aún recordaba aquellas escenas que mi memoria articulaba una con otra como para simplificarlas, no consiguiendo sino doblar, si cabe, el dolor particular de cada una de ellas:

“Muchas gracia, Señor Yesucristo... Veinte, pues, te doy. No puedo... ¡Aquí sólo hay veinticuatro! Te daré diez y nueve centavos. Tá bueno, hermano. Tá bueno, mi Dios Yesucristo... y perdoná al que no lo remedia pudiendo, ¡ay mi Dios!...”

Al salir del comedor se me acercó otro huésped, un turista originario de Birmania y de nombre Raséin, de expresión alegre y eternamente sonriente, pues por no entender el esperanto ni ningún otro idioma distinto al suyo, todas las situaciones, mientras no vea lágrimas, las encuentra divertidas y graciosas. (Y yo que nunca he envidiado a nadie, hoy fué la excepción: dentro de mí deseé haber sido como él, único modo al parecer de ser feliz en este valle de lágrimas). Y en un inglés más chapurreado que hablado, me invitó:

—Usted... mí... ajedrez.

Acepté al momento, más que todo para tener algún pretexto para no salir esta noche, pues no sé qué habría hecho si me encontraba hoy con una escena más...

Diciembre 15

Viernes.

Hora: 9.00

¡Caramba! Ya tengo una semana de estar en el país. ¡Cómo pasan los días!... Y esto que los días de hoy son algo la luna sobre la tierra por medio de las mareas, tienen más largos que los de antes, pues a causa del frenaje de hoy 20 segundos más cada uno, que hacen dos horas y un minuto cada año... Pero, ¿qué estoy diciendo? Si hoy es viernes significa que hoy es el primer día de las elecciones presidenciales. ¡Por nada se me pasa! ¿Cómo es que lo había olvidado? Si por doquiera que uno pasa y mira: en las calles como en las plazas, en el palacio del rico como en la casita del pobre, y hasta en los mismos monumentos nacionales le salen al encuentro carteles de propaganda de todo color y tamaño tendidos al viento o tapizando las paredes invitando a todos a votar por el candidato ladino, carteles que dan a la ciudad un aspecto de carnaval. Y cuando lo pregunté por qué todos estos carteles se referían exclusivamente al ladino, como si no hubiese otro candidato, alguien me respondió medio sonriendo que debajo de esos carteles estaban los de los indios, los que habían sido "matados" colocando aquellos encima. Pero, realmente, son tantos esos carteles que ya uno acaba por no verlos.

Y ahora iré encantado a ver esas votaciones.

Hora: 12.30

Las votaciones se están desarrollando normalmente, quizá más normalmente de lo que hubiera deseado yo, pues

ya resultan frías y hasta aburridas. Previamente, y con la ayuda del gerente que sigue siendo amable y caballero, separamos en cuatro grupos las 62 mesas receptoras de votos de la capital cuya disposición especificaban los periódicos de ayer, de modo que cada grupo correspondiera a uno de los puntos cardinales, a fin de poder distribuir mi tiempo entre todas ellas y no quedarme sin ver ninguna, pues sigo convencido de que éstas son las elecciones más importantes que se han celebrado en el país. Y luego, armado de mi cámara fotográfica y de mi cuaderno de notas, me fuí a la primera zona llamada Central, en donde empecé por presenciar a los que votaban en las mesas de la Municipalidad.

Este Palacio Municipal, que es nuevo y de dos pisos, se halla frente al costado sur del parque del Centenario, de manera que él mira hacia el norte. En su planta baja están instaladas las mesas en número de tres, ante las cuales pasan en filas interminables toda la vecindad, hombres y mujeres, indios y ladinos, a depositar su voto. Detrás de cada mesa están los representantes de la Junta Electoral departamental, todos ladinos, más dos indios en representación de su raza, quiero decir de su clase o partido, pues según la señora Rubio, el hábito no hace al monje. Estos son unos de ojos vivos y despiertos que, sin hablar jamás, no pierden detalle de lo que allí ocurre, girando sus cabezas nerviosamente de un lado a otro.

En lugar aparte se encuentran las urnas receptoras de votos, una para cada mesa, de metal y nuevo estilo. Su mecanismo es el siguiente: una vez que el votante ha sido identificado y su nombre registrado debidamente en los libros, pasa a la urna respectiva, la cual presenta en su parte superior una ventana por la que el ciudadano introduce un lápiz que provee dicha urna para hacer con él una marca en forma de cruz dentro de la casilla que más le convenga de la hoja electoral que pasa por su interior, unidas unas a otras en forma de cinta, casillas que tienen un distintivo en colores, siempre el mismo para cada candidato, con objeto de hacerse reconocible a los analfabetos y sea también en secreto y directo su voto, lo cual, entre paréntesis, me dió la clave para comprender por

qué una que otra vez oía a algún ladino decir socarronamente: "Marquen el cuadro azul, muchachos, el cuadro azul", dirigiéndose a inditos analfabetos, pues sin duda ese era el color que correspondía a la casilla del candidato suyo. Pero aquellos le miraban sin cambiar de expresión.

Después que el votante hizo la correspondiente marca, se le instruye a que mueva una palanca que hace avanzar un paso, con ruido de campanilla, la cinta que se desliza, a fin de colocar frente a la ventana una nueva sección u hoja provista de iguales casillas, quedando listo para recibir la señal o marca del siguiente votante.

Para el recuento, al terminar la jornada, se cambia automáticamente todo el sistema para hacerse pasar la cinta paso a paso en sentido contrario, mientras se la examina a través de la misma ventana y se toma el registro correspondiente. Urnas que, como todas las de su género, se comportarán más tarde cual cajitas mágicas en las que esa inocente cintita se trocará en leyes, reglamentos, impuestos y qué sé yo, en manos del vencedor, para alegría de unos y pesar de otros, máxime cuando no es Astrea sino el Mago Frestón el que emerge de ella.

Con todo, tengo para mí que no es tan completo el secreto de las votaciones de hoy mientras los votantes no se disfrazan, pues me sigo resistiendo a creer que ambos bandos se intercambien votos entre sí pudiendo entonces adivinar en cuál color ha marcado el ciudadano según el traje que vista.

Pero, a más del traje, estos votantes tienen otro distintivo: la expresión. En casi todos los casos los ladinos se ven a veces sonreír, y mostrando siempre la confianza del gato en su lucha con los "ratones", en tanto éstos, ciertamente en número más reducido, vienen más serios que de costumbre, con la gravedad del que ejecuta una obra suprema, conscientes de que su paso de hoy va a decidir los próximos mil años de su destino. Pero unos y otros guardan perfecto orden, cual colegiales en un desfile escolar.

Después crucé la calle y fuí a sentarme en una banca del parque a contemplar desde allí aquella triple hilera de votantes que avanzaba lentamente, siendo éstos los

peldaños de la escalera que ha de elevar hasta la presidencia a uno de los dos: al indio o ladino, sin término medio. Juntamente observé que el número de guardias civiles ha sido aumentado de modo extraordinario para la defensa y mantenimiento del orden, según alguien me informó, quien añadió que este cuerpo está constituido de ladinos exclusivamente.

Y habiendo tomado una vista con mi cámara, pasé al parque contiguo o Central, en donde están instaladas dos mesas más, y en las cuales todo el mundo vota ordenadamente, estando aquí también los ladinos en mayoría.

En un momento que creí oportuno quise ver si estaba en lo cierto al suponer improbable que hubiese indios que den sus votos a los ladinos; y a uno de ellos que, al parecer, ya había votado y que se había detenido junto a mí, le dije cortésmente:

Por ahí dicen que algunos de ustedes han votado por el candidato ladino; ¿es verdad?

El me devolvió la sonrisa, pero no dijo nada. De todos modos juzgué que al repetirle la pregunta me respondería, y así lo hice; pero él se limitó a contestar:

—¿Quién sabe?

Y con unos cuantos pasos se alejó de mí. No insistí más porque comprendí que se habría seguido alejando de haberle seguido preguntando. Poco después cerraron las votaciones porque ya eran las 12.

Hora: 20.00.

Alrededor de las 15 me fuí a ver la votación en las mesas de la zona norte, habiéndolas hallado tan concurridas y ordenadas como las de esta mañana, y la misma proporción o, mejor, desproporción entre ambas clases, aunque en una de estas mesas, las correspondientes al barrio de La Parroquia de la Santa Cruz del Milagro, vi a algunos ladinos empujando hasta sacar de la fila a un indito que por haber llegado antes que ellos tenía derecho al lugar delantero que ocupaba, pero que, al verse empujado, sin hacer ruido dió la vuelta y se colocó al extremo de la fila.

En las mesas del parque Francisco Morazán, donde la aglomeración era mayor, estas maniobras las vi repetirse más seguido, con más amplia sonrisa de parte de los echores que querían hacer ver que lo hacían de guasa, a manera de no llamar la atención de las autoridades. Con todo, me parece del todo errada esta política de los ladinos, y hasta contraproducente, pues más bien debieran tratar de ganarse las simpatías de sus adversarios y lograr algunos de sus votos. ¿O supondrán que todo gesto en esta línea sería inútil?...

Continué hasta el extremo de esta avenida llamada de Simeón Cañas, en honor al prócer de ese nombre, para mirar detenidamente el célebre mapa en relieve que ya había visto antes, pero a la ligera, y que se halla entre el templo de Minerva y la plaza de toros. Por dicho mapa, reproducción fiel del país en pequeña escala, con sus volcanes, sus lagos y ríos húmedos y sus verdes montañas, pude adquirir una idea exacta de la topografía de todo el territorio, incluso de la zona de Poptúm, del modo como antes la había adquirido de los monumentos Mayas.

El autor de este mapa, que ya tiene un siglo de edad, fué el ingeniero Francisco Vela, según me informó un ladino versado en estas y otras cosas y que espontáneamente vino a hacerme compañía. Podía decirse que era éste un señor bien preparado, apartando sus prejuicios —¡siempre los prejuicios!— en el plano de la política; pues me señaló, además cuáles son los lugares del país de donde sacan las mejores maderas, el chicle y los mejores cafés. Finalmente vino a contarme la historia de ese templo de altas columnas y que se llama de Minerva, llevándome al conocimiento de que en siglos anteriores, cuando sabían firmar sólo los jefes políticos y algunos alcaldes, era costumbre edificar tales templos en tantas ciudades como podían y dar la impresión de que en dichos lugares la mayoría era la que sabía no sólo firmar, sino también escribir cualquier composición literaria o de matemáticas. Agregó, con su magnífica erudición y mejor buena voluntad, que este templo que allí veíamos era uno de los pocos recuerdos que se conservan de un ex-presidente y ex-dictador de nombre Estrada Cabrera, que go-

bernó este país hace ya casi un siglo, pero al cual templo mi improvisado cicerone se refirió con ostensible enojo llamándolo "viejo adefesio", concluyendo que éste es "un recuerdo afrentoso para el pueblo por ser un testigo de sumisión al tirano", y que no se explica cómo "no lo habían demolido totalmente". El edificio, si es verdad que no es una obra de arte, pero es imponente, como suelen serlo todas las construcciones del clasicismo griego, por lo cual yo no estaba de acuerdo en su demolición, aunque hubiese sido construido por Calígula, y así se lo dije, agregando que en todos los lugares donde ha habido un tirano no hace falta ningún testigo para probarse que sí hubo sumisión de ese pueblo en algún tiempo de su tiranía, ya que sin ella ésta no habría sido posible, aunque se siga diciendo que gobernó y se mantuvo por la imposición y el terror, porque esos miles de rifles y demás armas que necesitó para imponerse no pudo haberlos llevado él personalmente, ni fueron sus soldados extranjeros o mercenarios, sino guatemalenses cien por ciento. Y concluí con estas palabras:

Finalmente, no debe usted creer que con la destrucción de este "adefesio" y de todos los que hubiesen como éste, lograría borrar de los libros de historia ni de la memoria de los hombres que quieran recordar, esa positiva sumisión que usted quisiera negar u ocultar; y en cambio, conservándolo se tendrá un monumento tanto más valioso cuanto más viejo se ponga, demostrando de paso que sois un pueblo tolerante y amplio de criterio.

Me miró sorprendido y poniendo torvos los ojos, y después, sin decir nada, me dejó solo. Tarde me di cuenta que había vuelto a cometer un error más —¿pero es que aquí no se puede decir nada?—, pues aquél, sin duda, se iría creyendo que yo soy, por lo menos, un Estradacabrerista (¿estaría correcta la palabrita?, siendo que ésta es la primera vez que oigo noticias de un cabrerón como ése. Sólo falta que éste sea otro reportero y me vuelva a pasar lo del otro día. Pero, ¿qué podrían decir ahora? ¿Dirán que ando buscando un muerto para asesinarlo? ¿O que lo busco para resucitarlo? Pero esto será más difícil de creer, supongo. ¿O estaré equivocado?...



Y con estos y otros pensamientos semejantes regresé al hotel ya anocheciendo. En resumen, las elecciones fueron, hasta donde pude ver, ordenadas, pudiéndose, decir con base en la docena de mesas que visité, que el triunfo será de los ladinos, porque no hay duda que en éstas obtuvieron ellos mayoría. ¿Pero habrá ocurrido lo mismo en las demás mesas de la ciudad y en el resto del país? Esto es lo que no puedo creer, debiendo quedarme, empero, sin consultar a los periódicos, porque aquí todos salen a luz a mediodía o antes, de modo que los recuentos del día de hoy no se verán hasta mañana.

Diciembre 16.

Sábado.

Hora: 12.00

Serían las nueve de hoy cuando el taxi me condujo a otras mesas electorales, esta vez las de la zona oriental, en donde encontré a los indios compitiendo en mayor grado con los otros, no pudiendo decirse de un vistazo cuál de ambos estaba en mayoría; era después de fijarse bien que se descubría la inferioridad numérica de los naturales, si hemos de atenernos al diseño de sus trajes. Pues no puede negarse que el entusiasmo de la ciudadanía por cumplir con su deber cívico va en aumento, como puede juzgarse por la mucha actividad que se ve por todas partes, y por las largas colas formadas ante las mesas. En las esquinas próximas a éstas se ven igualmente grandes grupos de ladinos —los indios están practicando la norma de alejarse inmediatamente después de haber votado, quizá para evitarse choques con aquéllos— mirando y haciendo uno que otro comentario.

Pero no puede ocultarse que con el aumento de la concurrencia los ánimos se han caldeado, siquiera entre los ladinos, cuya expresión no es ya de confianza en sí mismos, como hasta ayer, sino de inseguridad o duda, con mezcla de rencor mal contenido, y que al juntarse en las

filas con los del partido contrario se manifiesta en codazos y en machucones deliberados sobre los pies descalzos de los pobres, quienes estoicamente disimulan volteando a ver a otra parte, como si los pies lastimados fuesen los del prójimo.

Sin embargo, esta estoicidad no era de todos o no duraba todo el tiempo, pues en el llano de Gerona, quizá porque el machucon debió de haber sido insufrible, o porque no era el primero que recibía, vi que el dueño de dicho pie levantó la mano y la hizo caer en pleno rostro del insolente, con tal decisión, que pudimos todos percibir el chasquido seco del golpe. Dos guardias acudieron pronto y sacaron a los dos de la apretada fila. Pero ¿qué hubiera pasado sin la oportuna intervención de esos activos agentes? ¿Quién podría decirlo?...

Tengo para mí que estos machucones y demás acciones semejantes que hasta podrían ser principio de algo peor, no son sino exteriorizaciones de su consciente debilidad e impotencia ante el vasto número de los contrarios que, si no son mayoría en estas mesas, en otras muchas deben serlo. Y aunque es verdad que a algunos ladinos se les nota que han bebido, pese a que las autoridades han hecho cerrar todas las cantinas durante estos días, ello no debe tomarse como disculpa, puesto que esta clase de provocaciones las vi también sucederse entre mujeres, como fué el caso en la aldea de Santa Rosita, donde una india abandonó su fila para ir a quejarse ante un guardia de que otras mujeres ladinas la estaban maltratando. Pero al tratar el policía de indagar, las acusadas negaron de plano el cargo, contraacusando a su vez a la quejosa y oponiéndose agresivamente a que ésta volviese a ocupar el lugar que tenía entre ellas. Y la india, sin más protesta, retrocedió 20 varas y fué a ocupar el último de dicha fila.

Mas a pesar de haberlos observado por largo rato, me es aún difícil predecir si estos señores indios, en caso de resultar vencedores, gobernarían con equidad o no, es decir, si estos que hoy parecen oprimidos serán los opresores de mañana; y toda opinión en favor o en contra de una o de otra hipótesis parece tener igual fuerza de